

riencia de algunos países latinoamericanos y Francia, observa variantes, progresos o ampliaciones en los sistemas de control, así como los esfuerzos para simplificarlos y convertirlos en una herramienta eficaz. Sin embargo, considera que no se ha avanzado lo suficiente en este sentido y que incluso en aquellos países en que se han registrado progresos notables, se percibe un aumento de organismos de control, lo que incrementa el costo con respecto a la ineficiencia o la ilegitimidad. El autor analiza a continuación algunas posiciones doctrinarias surgidas en el período posterior a 1966, en reuniones científicas nacionales o internacionales, en tratados o artículos sobre el tema, y expone sus críticas a los sistemas implantados en los países mencionados. Finalmente expresa su convicción de que la experiencia del período considerado justifica las observaciones efectuadas en su ensayo de 1966 y presenta un sistema de control ideal de la gestión y administración moderna.

La experiencia demuestra que continúan subsistiendo numerosas trabas que dificultan un control estatal eficiente acorde con las crecientes funciones que el Estado moderno desempeña. Los países han tomado cuenta de esto y utilizan cada vez más y mejores sistemas de planificación pero es evidente que en algunos aspectos la función pública se ve trabada por un sistema ineficiente de control. Las recomendaciones y sugerencias del autor, como experto en el tema, "sobre un sistema ideal" deberán ser tenidas en cuenta por aquellos que ejercen la función pública, si bien la perfección no es un valor absoluto de la condición humana. Creemos que el control "ágil, útil y responsable" que propone el autor, es una forma de lograr una Administración Pública ágil y que el interesado en el tema halla ante sí una fuente de información y un acicate para reformular conceptos y presentar soluciones alternativas.

A. B. Giacchero de Valentini

MACHLUP, FRITZ, *Methodology of Economics and Other Social Sciences*, Nueva York, Academic Press, 1978, págs. XIV + 567.

El presente libro reúne un conjunto de trabajos del Profesor Machlup sobre temas de orden metodológico. Con excepción de dos, preparados especialmente para este volumen, los demás aparecieron, entre los años 1935 y 1976, en libros del propio autor, numerosas revistas de economía y filosofía y varios libros-homenaje a la memoria de economistas y filósofos renombrados. Este material comprende la parte más importante de su obra en este campo. El resto de sus ensayos metodológicos, también muy dispersos originariamente, fueron compilados, conjuntamente con trabajos de otra naturaleza, en tres libros publicados anteriormente¹. Es para evitar su segunda reproducción y, en algunos casos incluso una tercera², que el autor ha preferido no incluirlos en el presente volumen.

¹ Miller, M. H. (comp.), *Essays on Economic Semantics-Fritz Machlup*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J. 1963; Machlup, F., *International Monetary Economics*, Allen & Unwin, Londres, 1966; y Britros, G. (comp.), *Selected Writings of Fritz Machlup*, New York University Press, Nueva York, 1976.

² Entre otros, tal es el caso de *Equilibrium and Disequilibrium: Misplaced Concreteness and Disguised Politics*, publicado originariamente en *Economic Journal*, vol. LXVIII (1958) y reproducido tanto en *Essays on Economic Semantics-Fritz Machlup* como en *International Monetary Economics*. Este artículo está traducido en español y publicado bajo el título *Equilibrio y desequilibrio: concreción mal aplicada y política embozada*, conjuntamente con otros dos trabajos y un prefacio del autor, en *Fritz Machlup, Ensayos de Semántica Económica*, Universidad Nacional del Sur, Instituto de Economía, Bahía Blanca, 1962.

Los 26 trabajos que componen el libro están distribuidos en otros tantos capítulos y agrupados, según la afinidad de los temas, en 7 partes. Hay un prefacio general y una breve introducción a cada una de ellas, que asegura la unidad de la presentación. Antes de ofrecer un bosquejo de las principales ideas que contienen, es oportuna una breve referencia al ambiente intelectual en que se formó el autor. Fue en la Universidad de Viena donde M. recibió su educación superior. Como es sabido, Viena fue el lugar donde se desarrolló la pugna metodológica entre Menger, fundador de la escuela austríaca de economía, y los representantes de la escuela histórica, y donde, apenas se aquietaron los ecos de esta gran controversia, se inició un vigoroso debate en el campo de la filosofía de la ciencia del que tomaron parte Weber, Mach, Wittgenstein y los representantes del positivismo lógico del "círculo de Viena: Schlick, Carnap y otros. No es sorprendente que en este ambiente intelectual tan peculiar — que fue también el de Popper, Kaufmann y Schuetz, hoy bien conocidos — M. haya desarrollado una fuerte propensión por el estudio de los problemas metodológicos y que esta inclinación no lo abandonó cuando, en la década del treinta, retomó su actividad científica en los centros universitarios más pragmáticos, donde el interés por la reflexión metodológica, era menos agudo.

La parte I comprende dos trabajos que versan sobre la naturaleza y la importancia de la metodología. En el primero, destinado al presente libro, *¿Qué es la metodología? Una reseña selectiva de la bibliografía* (Cap. 1), M., basándose en un conjunto de autores que han usado este término en los títulos de sus obras publicadas: Kant, Windelband, Whitehead, Montague, Kaufmann, Carnap, Popper, Braithwaite y otros, define la metodología como una disciplina cuyo objeto es "suministrar argumentos, tal vez fundamentaciones, en que se sustentan las variadas preferencias de la comunidad científica por determinadas reglas de procedimiento intelectual..." (p. 55) y bosqueja sus relaciones con la lógica, la epistemología y la ontología. Lamenta el mal uso de este término, incluso en el ambiente académico. "Si bien la metodología trata de métodos, no es un método, ni un conjunto de métodos o una descripción de métodos... Usamos un método pero nunca usamos una metodología... Confundir la metodología con el método es inexcusable en una persona culta" (id.). En el segundo trabajo, *¿Para qué sirve la metodología?* (Cap. 2), llama la atención sobre la importancia de esta disciplina hasta en los razonamientos económicos elementales. Ilustra su tesis con un ejemplo simple en que las "consecuencias de la premisa condicional (o variable independiente) dependen del supuesto no explicitado de varios grados de plausibilidad" (p. 4) y termina en la conclusión de que "la metodología es más que un pasatiempo; puede constituir una ayuda substancial" (id.). Este artículo, muy corto, escrito en 1935, es una respuesta a quienes manifiestan su aversión por las cuestiones metodológicas, que "creen que no 'gastan su tiempo' en 'inútiles' discusiones sobre el método, cuando, en realidad, están tomando concretas posiciones metodológicas en toda clase de problemas" (p. 61). Agrega: "No se puede obligar a nadie a que estudie metodología. Pero si alguien prefiere permanecer no informado sobre ella, debería... abstenerse de formular juicios para los que carece de competencia" (id.).

La parte II contiene dos trabajos extraídos de sus conocidos tratados sobre la competencia y el monopolio³ que versan sobre aspectos metodológicos relacionados con su elaboración. *Una nota sobre los modelos en microeconomía* (Cap. 3) contiene un comentario sobre la construcción de los modelos analíticos, la descripción del rol que desempeñan tanto en la economía teórica como en la economía descriptiva, las características de los modelos en la teoría de los precios, el por qué de su carácter "asombrosamente" (p. 78) no realista y los problemas que plantea su elección. Discute, por otra parte, el tema de la indeterminación oligopólica y señala la necesidad de desarrollar una teoría de la firma donde "es parte del juego la adopción idiosincrática de decisiones" (p. 74). En *El hecho económico y la realidad económica* (Cap. 4)

³ Machlup, Fritz, *The Economics of Seller's Competition*, Johns Hopkins Press, Baltimore, 1952. Machlup, Fritz, *The Political Economy of Monopoly*, Johns Hopkins Press, Baltimore 1952.

describe la diversidad de enfoques metodológicos en el tratamiento de un problema económico práctico y estudia la relación entre los hechos y la teoría, llegando a concluir de que "la mayoría de los llamados hechos económicos son, en realidad, una teoría implícita" (p. 116). Compara la predicción con la explicación y ofrece una primera idea del papel de los juicios de valor en la economía, que abordará con más detenimiento más adelante. Por último, llama la atención contra el peligro de aplicar indiscriminadamente el "jactancioso lema" (p. 126): ciencia es medición, ya que "en un esfuerzo por parecer 'más científico', se ha procurado medir donde nada había que medir y... se ha promovido una asignación excesiva de recursos intelectuales a 'mediciones a toda costa' con menoscabo de otra clase de investigación y análisis" (p. 127).

La parte III comprende tres artículos. El primero se titula *Problema de verificación en la Economía*⁴ (Cap. 5). El autor precisa la terminología usada y aclara que se ocupa principalmente de "la verificación del valor predictivo y explicativo de las generalizaciones hipotéticas" (p. 137). Confronta las posiciones contrapuestas en este campo: el apriorismo extremo y el ultraempirismo. Recurre a una analogía mecánica para presentar un esquema analítico simple, "una máquina de teoría pura" (p. 149), compuesta de un elemento fijo, los Postulados Fundamentales (Motivación o Tipo Supuesto de Acción) y de tres clases de proposiciones intercambiables de nivel creciente de generalidad, las Condiciones Supuestas. El Cambio Supuesto constituye el insumo, mientras el Cambio Deducido es su producto. Aclara que "en el sentido de la disconformación de la teoría, es verificar la verificación simultánea de los Cambios Supuesto y Deducido" (p. 154). Agrega, refiriéndose a las Condiciones Supuestas, que "no hay que preocuparse por una verificación independiente... será suficiente un juicio basado en el empirismo casual" (id.). En cambio, los Postulados Fundamentales "no requieren verificación alguna"⁵ (id.). Pero en un campo donde "el hombre es observador y a la vez objeto de observación, ... donde los datos de observación son al propio tiempo resultados de interpretación de las acciones humanas por actores humanos" (p. 152), es necesario —afirma M., en coincidencia con Weber, Schuetz y los demás sostenedores de la doctrina de *Verstehen*— que estas proposiciones fundamentales sean "comprensibles". En cuanto a las hipótesis especiales, empíricas e históricas, el problema de su verificación se plantea en términos "totalmente distintos" y (su verificación) nunca podrá ser tan rigurosa como en las ciencias físicas con sus constantes numéricas y estrechos márgenes de error" (p. 157). Los demás trabajos que integran esta sección constituyen una severa crítica a la metodología de P. Bridgeman, subproducto del empirismo lógico, en tanto se considera "un programa universal del discurso científico" (p. 159). En *Conceptos operacionales y constructos mentales en la formación de modelos y teorías*⁶ (cap. 6), examina la naturaleza de los conceptos que se usan en la física, señala, a través de obras de filósofos, físicos y economistas, las diferencias entre los conceptos empleados en las generalizaciones empíricas y los que se utilizan en sistemas teóricos, propone una definición de un constructo mental aplicable tanto a las ciencias empíricas como a las formales y aclara la confusión entre experiencia, realismo, relevancia y verdad. Vuelve a examinar los fundamentos de esta corriente metodológica en *Operacionalismo y teoría pura en economía* (Cap. 7) y presenta un

⁴ Traducido en español y publicado en *Revista de Economía Política*, vol. 9, Madrid 1958.

⁵ Esto no significa que los postulados fundamentales escapan a todo control de la experiencia. "Estos supuestos se pueden rechazar, pero sólo conjuntamente con el sistema teórico de que forman parte y únicamente si se logra sustituirlo por otro más satisfactorio; según Coanant, «sólo se puede derribar una teoría por otra mejor, pero nunca meramente por hechos contradictorios»" (p. 147).

⁶ Publicado originalmente bajo el título de *Operational Concepts and Mental Constructs in Model and Theory Formation* en *Giornale degli Economisti e Annali di Economia*, año XIX, N° 9/10, set.-oct. de 1960. Existe una versión española publicada en *Estudios Económicos*, Universidad Nacional del Sur, Instituto de Economía, vol. II, N° 4, jul.-dic. de 1963.

razonamiento teórico (las consecuencias de un derecho de importación) para demostrar que "los conceptos empleados son constructos puros, no definidos operacionalmente, sino en forma nominal" (p. 201). Con todo, los conceptos operacionales, si bien no admisibles en un razonamiento teórico, son no sólo útiles sino también indispensables tanto en la elección de un modelo apropiado como en los intentos de su verificación.

La parte IV, compuesta de 4 trabajos, versa sobre los tipos ideales y su papel en la interpretación de la realidad. *Tipo ideal: un nombre incorrecto para un buen constructo* (Cap. 8), segundo trabajo escrito especialmente para el presente volumen constituye una breve introducción a los tres capítulos siguientes. Sostiene M. que "los constructos que 'tipifican' significados subjetivos pueden tener un carácter objetivo... y constituir miembros respetables de constructos científicos" (p. 213). Admite las dificultades de esta tesis y el riesgo al sostenerla de "caer en el psicologismo sin un pasaporte para el mundo objetivo de la lógica" (p. 212). Señala asimismo que la designación de este concepto, destinado para uso exclusivo en el campo de las ciencias sociales, deja mucho que desear, ya que, tal como se entienden estos términos en su uso corriente, "el tipo ideal no es ideal ni tipo" (p. 213). El segundo trabajo, *Tipos ideales, realidad y construcción* (Cap. 9), constituye un análisis muy minucioso del desarrollo de este concepto en la literatura alemana de los últimos cien años con énfasis especial en Weber, así como una crítica al intento de Eucken de distinguir, al lado de tipos ideales, tipos reales. En un post scriptum a este trabajo, fechado en 1978, destaca la importancia de la fenomenología social de Schuetz para la lógica de conceptualización en las ciencias sociales y afirma que "estaría inclinado a olvidar todos los debates sobre 'el tipo real'... (pero que) la elaboración y reformulación del 'tipo ideal' permanece como una tarea merecedora de los esfuerzos de los estudiosos" (p. 265). Los últimos dos artículos de esta sección tratan de un tipo ideal "muy mal comprendido y mal representado, especialmente por los antieconomistas y economistas antiteóricos" (p. 208), que es el hombre económico. Destaca, en *Homo oeconomicus y sus colegas* (Cap. 10), la importancia para la interpretación de la realidad social de la disección del *homo totus* en tipos ideales, "dotado cada uno de una sola calidad... o persiguiendo un solo objetivo" (p. 268), toma posición en algunos problemas controvertidos, presenta una muestra de hombres parciales, colegas del hombre económico —homo caritativus, homo traditionalis, homo cholericus, homo politicus, homo oligopolisticus, etc.—, para abordar, por último, el delicado problema de la selección del tipo ideal relevante para interpretar una situación específica. *El espantajo universal: hombre económico* (Cap. 11) contiene una muestra de denuncias contra el hombre económico tomada de la literatura anglosajona del siglo pasado, una sistematización de los fundamentos de la oposición y, para demostrar que su "contenido exacto... ha variado de un tratado a otro" (p. 295), un examen de las definiciones del hombre económico en Mill, Senior, Bagehot, Cairnes y Wickstead. Si bien no existen dudas respecto al estatus lógico del hombre económico —"una expresión figurativa para una proposición que sirve de premisa en un sistema teórico de economía" (p. 298)— su naturaleza lógica continúa controvertida. Tomando un ejemplo de la teoría de los precios, ilustra de manera muy sugestiva las funciones que desempeña el hombre económico (o sus *alias* contemporáneos: ecuación de comportamiento o función objetivo) para concluir que "el supuesto fundamental de conducta maximizadora —sea que se lo considere postulado convencional, ficción útil o hecho bien conocido de la experiencia— se reconoce como una parte útil y probablemente indispensable de la teoría económica" (p. 301).

Los tres artículos que constituyen la parte V versan sobre comparaciones entre las ciencias sociales y las de la naturaleza. En el primero, *Si la materia pudiera hablar* (Cap. 12), el autor destaca la importancia de la comunicación verbal entre el investigador y el objeto investigado: el hombre, sus actos y las consecuencias de sus actos, para la construcción y la aceptación de modelos teóricos. Discute al respecto, refiriéndose especialmente a Nagel, dificultades del empirismo lógico relacionadas con el concepto de explicación en las ciencias sociales. "No se puede aprender la economía —observa— meramente observando o entrevistando a los hombres ocupados en esta actividad. Se necesita teorizar mucho antes de aprehender las interrelaciones complejas de un sistema económico. Este teorizar consiste principalmente en la construcción de tipos ideales del comportamiento motivado de individuos idealizados en la

adopción de sus decisiones con el fin de combinarlos en modelos abstractos de interacciones" (p. 325). Sostiene en el segundo artículo, *Complejo de inferioridad de las ciencias sociales* (Cap. 13), que algunos científicos sociales, deslumbrados por los adelantos en determinados campos de las ciencias de la naturaleza manifiestan un sentimiento de inferioridad y, para compensarlo, han desarrollado determinadas "actitudes, creencias, ambiciones" (p. 342), tales como "el historicismo, el totalismo, el conductismo, el operacionalismo, la metromanía, el prediccionismo, el prescripcionismo, la matematosis, la experimentomanía y otras" (p. 339). Para evitar malentendidos advierte que "son aspectos muy deseables buenos estudios históricos e institucionales, hipótesis holísticas de interés, el desarrollo de conceptos operacionales, los mejoramientos en la investigación empírica cuantitativa, los estímulos a los intentos de predecir y testar, la atención a los problemas prácticos de cada día y una mejor formación en las disciplinas matemáticas" (p. 344). Pero lo que es perjudicial en estos enfoques y susceptible de frenar el adelanto científico es su limitacionismo y agresividad, la pretensión de establecer el monopolio para un determinado método y la tendencia a "emplear técnicas de análisis y de presentación que son, en el mejor de los casos, innecesariamente difíciles y torpes y, en el peor, completamente engañosas y contraproducentes" (p. 306). ¿Cuál es la base objetiva de este sentimiento de inferioridad? El tercer artículo de la presente sección, *¿Son realmente inferiores las ciencias sociales?* (Cap. 14), nos aporta una contestación a este interrogante. El autor confronta las ciencias sociales con las de la naturaleza desde distintos puntos de vista: invariabilidad de observaciones, objetividad de las mismas y de sus explicaciones, verificabilidad de las hipótesis, exactitud de los resultados, mensurabilidad de los fenómenos, constancia de las relaciones numéricas, predictibilidad de eventos futuros, diferencias entre la experiencia común y la científica. Deduce de ello que las ciencias sociales son inferiores en cuanto a la invariabilidad, verificabilidad y constantes numéricas. No son, pues, ciencias "duras", son ciencias "blandas" y "por desgracia, lo que las hace blandas... las hace también duras en un sentido diferente: duras de dominar, duras para hacerlas progresar y duras para aplicarlas" (p. 306). Sin embargo, no se trata de defectos que sería necesario corregir sino de "propiedades fundamentales que hay que comprender, aceptar y tener en cuenta" (p. 367). Donde las ciencias sociales son "realmente inferiores" es en "el lugar que les acuerda la sociedad y las prioridades con que se distribuyen los recursos humanos y financieros, pero esta inferioridad es curable" (p. 367).

La parte VI comprende tres artículos escritos a fines de la década del sesenta sobre temas disímiles. En el primero, *¿Por qué discrepan los economistas?* (Cap. 15), el autor, refiriéndose de manera especial a las divergencias que se manifiestan sobre las recomendaciones de la política económica, agrupa las posibles causas en cuatro clases: (a) diferencias en la interpretación de la terminología; (b) diferencias que surgen de los errores de razonamiento; (c) diferencias entre los supuestos fácticos (hechos del presente y pasado desconocidos, bases distintas en sus proyecciones, etc.); y (d) diferencias en las apreciaciones de las prioridades sociales. Estas dimensiones contrastan con "un amplio consenso entre los analistas respecto al sistema teórico que constituye su disciplina" (p. 389). Pero como las recomendaciones se elaboran para un mundo en el cual, entre otras circunstancias, "la mayoría de las cosas es desconocida y casi todo es incierto" (id.), no es sorprendente que los economistas hayan adquirido la fama de estar permanentemente en desacuerdo unos con otros. El segundo trabajo, *Teorías de la firma: marginalista, conductista y gerencial*⁷ (Cap. 15), constituye un balance de los resultados de la llamada "controversia marginalista" que se desarrolló, entre 1946 y 1957, en el marco de la *American Economic Review*, y cuyos protagonistas fueron Machlup y Lester. Se abordaron en esta oportunidad más allá del problema planteado inicialmente, o sea la insuficiencia del marginalismo en el análisis de salarios, ventas y empleo, numerosos temas de orden metodológico. M. admite que, durante las dos décadas transcurridas, "surgieron y fueron reconocidas deficiencias en el análisis marginal" (p. 421) y que, en el campo de las teorías no convencionales de la empresa, "se hizo un buen trabajo tanto en el plano empírico como teórico" (id.) Pero en

⁷ Existe una versión en español en *De Economía*, vol. 23, Madrid, 1970.

cuanto a la teoría de la productividad marginal de demanda de factores, —afirma M.— “sigo considerándola como sólida y capaz de resistir ataques de las teorías rivales, por lo menos en un futuro previsible” (id.). En este aspecto, “el marginalismo de antiguo cuño no puede retroceder” (id.). En el tercer trabajo, *Economía positiva y economía normativa* (Cap. 17), M. distingue, inspirado en J. Neville Keynes y Loewe, tres clases de proposiciones en las ciencias sociales y la filosofía de la ciencia: positivas, normativas e instrumentales. Considera sus formas gramaticales y la naturaleza lógica de cada una. Presenta una lista de doce clases de referencias al valor y juicios de valores, preguntándose que clase de valoraciones son susceptibles de afectar la objetividad científica del economista. Destaca el carácter normativo de la economía del bienestar, agregando que el análisis se convierte en instrumental únicamente cuando se especifican los objetivos en su totalidad y de manera no ambigua. Por último, ofrece una justificación del empleo del análisis de costo-beneficio.

La parte VII, la última, comprende 9 trabajos, cortos en su mayoría, publicados bajo la forma de reseñas bibliográficas, respuestas y contraréplicas, sobre los puntos de vista metodológicos de varios autores, economistas y sociólogos. Su lectura es sugestiva, ya que al apreciar los trabajos ajenos, se desprenden con gran relieve las posiciones metodológicas del mismo M. Pero como el espacio disponible para esta reseña está casi agotado, bastará una breve referencia a este último grupo de ensayos. *Metodología económica de Joseph Schumpeter* (Cap. 19) contiene una apreciación general de los puntos de vista metodológicos de este autor eminente y de su evolución en el tiempo. *Gunnar Myrdal sobre los juicios de valor* (Cap. 20) es una reseña de la traducción en inglés de la conocida obra del economista sueco. Admite que su crítica contra los juicios no explicitados de valor es “ampliamente justificada, si bien a menudo excesiva” (p. 454), pero rechaza los remedios que propone Myrdal para desterrarlos. En *Paul Samuelson sobre teoría y realismo* (Cap. 20), M., en defensa del uso de los supuestos no realistas en la teoría económica, destaca la contradicción flagrante entre Samuelson, economista, y Samuelson, metodólogo, que surge del análisis de su conocido teorema sobre la igualación de los precios de los factores en el comercio internacional. En *Tres autores sobre la teoría social: Madge, Rose y Zetterberg* (Cap. 21) contraponen el punto de vista científico del primero con las posiciones metodológicas mucho más amplias de los últimos. *Alcance y método de John Neville Keynes* (Cap. 22) es una apreciación general, muy elogiosa, de esta obra ya clásica de metodología económica, con motivo de su reedición. En *El renuente ultraempirismo de Terence Hutchison* (Cap. 22) expone su punto de vista en la muy conocida controversia sobre la verificación de las proposiciones económicas. *El análisis instrumental de Adolf Loewe* (Cap. 24) es una crítica del método propuesto, especialmente de la afirmación de su autor de la posibilidad de prescindir, en su aplicación, de las proposiciones de la economía tanto positiva como normativa. *Friedrich Hayek sobre actitudes científicas y científicas* (Cap. 25) constituye una síntesis del pensamiento de Hayek sobre la filosofía de la ciencia, donde se destaca su crítica a la imitación indiscriminada de los métodos de las ciencias de la naturaleza y su análisis de los peligros de especialización en los diferentes campos de las ciencias sociales. *Spiro Latsis sobre determinismo situacional* (Cap. 26) constituye la respuesta de M. al artículo de Latsis (escrito en el marco de la Metodología de Programas de Investigación Científica de Lakatos, uno de los discípulos de Popper) sobre los dos programas rivales más importantes en la teoría de la firma: el marginalismo y el conductismo. Sostiene M. que “los dos programas no son, en realidad, rivales, ya que se ocupan de problemas diferentes y que el conductismo no tendrá éxito si no logra ofrecer soluciones determinadas y se convierte, en consecuencia, en determinismo conductista” (p. 460).

El presente libro se puede leer como un todo, a pesar de que los ensayos que lo componen fueron escritos a lo largo de un período de más de cuatro décadas. Ello se debe fundamentalmente, a la coherencia del pensamiento del autor cuyos lineamientos generales no han sufrido cambios sustanciales durante este lapso de tiempo. Como es de presumir, su lectura requiere, aparte de los conocimientos específicos, una atención sostenida. Pero el lector se ve compensado en sus esfuerzos apenas advierte que el pensamiento de M. no es nunca oscuro o confuso, sea lo que fuere su profundidad y sutileza.

Elaborados a partir de la mejor herencia de los maestros que lo formaron, su permanente interés en los desarrollos contemporáneos en la filosofía de la ciencia y su amplia y brillante experiencia en el campo de la investigación económica, los presentes ensayos de M. constituyen una de las contribuciones más significativas en el ámbito de la metodología económica en los últimos decenios, tanto por la amplitud de criterios con que aborda los diferentes temas como por su penetración analítica y claridad expositiva. *Metodología de la economía y las demás ciencias sociales* constituirá, sin lugar a dudas, una obra indispensable no sólo para los estudiantes avanzados deseosos de completar su formación económica sino también para los economistas ya recibidos que se proponen profundizar sus conocimientos sobre los fundamentos de la disciplina que cultivan o practican, sea que comparten inicialmente o no todas las tesis que sostiene el autor.

U. Bacic

SARGENT, THOMAS J., *Teoría macroeconómica, Volumen I: Macroeconomía no estocástica*, Barcelona, Antoni Bosch, 1982, traducción de Carlos Cuervo Arango y Teodoro Millán, págs. 171.

En el primer volumen de su *Teoría Macroeconómica*, dedicado a la macroeconomía no estocástica, Th. Sargent, profesor de Economía de la Universidad de Minnesota y uno de los creadores de los modelos de expectativas racionales, sin presentar un tratamiento unificado de la teoría macroeconómica ortodoxa, nos ofrece una gama muy amplia de modelos plausibles que dan respuestas distintas ante experimentos análogos de política económica.

El libro se compone de seis capítulos, al margen de una introducción en la que se presentan los lineamientos básicos de la obra, así como algunos conceptos útiles para el desarrollo ulterior. Cada capítulo contiene al final referencias bibliográficas que permiten una adecuada profundización de su contenido. Cabe destacar además la importancia de los ejercicios que se encuentran al final de los capítulos 2, 3 y 5; los mismos brindan un importante caudal de variantes a los temas tratados, y son de utilidad para el economista.

Siguiendo un esquema ya tradicional en este tipo de textos, el autor explica en los dos primeros capítulos el modelo clásico y el modelo keynesiano. Distingue tres sectores: empresas, gobierno y economías domésticas, y describe el funcionamiento de las empresas, los activos en poder de las economías domésticas y las fuentes de financiamiento del gobierno. Integra estos sectores en un modelo completo, altera posteriormente algunos de sus supuestos, e incorpora el problema de las expectativas, en principio, partiendo de previsión imperfecta. Dentro del modelo clásico, el papel del dinero depende de la definición de ingreso disponible real percibido; sin embargo, cualquiera que sea la definición adoptada (ensaya dos variantes), la oferta de dinero no juega ningún papel en la determinación de los niveles de empleo y producción, aunque, en determinadas circunstancias, puede afectar su tasa de crecimiento temporal. Una forma de encarar la diferencia entre el modelo clásico y el keynesiano consiste en considerar en el primero, el salario como una variable endógena, mientras que el nivel del salario monetario es exógeno. En el tratamiento del modelo keynesiano, al lado de algunos experimentos de estabilidad, el autor ofrece un análisis de las inflaciones por "empujón de los costes" y por "tirón de demanda", una digresión sobre la riqueza, el ahorro y el interés en el modelo clásico basado en el conocido trabajo de Lloyd Metzler, y un comentario sobre la economía keynesiana y la ley de Walras.